

Estudios de literatura argentina

Adolfo Prieto

Estudios de literatura argentina

Prólogo de
María Teresa Gramuglio

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Mario E. Lozano

Vicerrector
Alejandro Villar



Bernal, 2013

Colección Intersecciones
Dirigida por Carlos Altamirano

Prieto, Adolfo
Estudios de literatura argentina. - 1a ed. - Bernal : Universidad
Nacional de Quilmes, 2013.
164 p. ; 20x14 cm. - (Intersecciones / Carlos Altamirano)

ISBN 978-987-558-260-6

1. Crítica Literaria.
CDD 801.95

1ª edición, 1969

1ª edición Universidad Nacional de Quilmes, 2013

© Adolfo Prieto. 2013

© Universidad Nacional de Quilmes. 2013

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina
editorial.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN: 978-987-558-260-6

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Índice

Prólogo. Adolfo Prieto, o el obstinado rigor de la crítica, <i>por</i> María Teresa Gramuglio	9
Gálvez. Una peripecia del realismo	29
Boedo y Florida	47
El hombre que está solo y espera	71
La fantasía y lo fantástico en Roberto Arlt	91
Los dos mundos de <i>Adán Buenosayres</i>	109
Martínez Estrada. El narrador y el lenguaje del mito.	129
Julio Cortázar, hoy	151

Prólogo
Adolfo Prieto, o el obstinado rigor de la crítica

María Teresa Gramuglio

1

Casi todos los ensayos reunidos en *Estudios de literatura argentina* aparecieron inicialmente entre 1959 y 1966. Solo uno de ellos se escribió muy poco después, para ser publicado en la *Revista Iberoamericana de Literatura* de la Universidad de la República (Montevideo). La primera edición de la compilación es de 1969. Cuando se repara en estas fechas, se advierte que señalan un tramo de especial relieve en la trayectoria intelectual de Adolfo Prieto: el de la intensa actividad de docencia, investigación y dirección que desarrolló en el breve período de recuperación de la universidad argentina que se inició poco después del derrocamiento del gobierno peronista en 1955 y fue interrumpido bruscamente por el golpe militar de 1966.

En los escasos ocho años que van de 1958 a 1966, Prieto tuvo un protagonismo decisivo en ese reconocido proceso de transformaciones académicas y actualización de paradigmas desde la Facultad de Filosofía y Letras que entonces pertenecía a la Universidad Nacional del Litoral (UNL) y después formaría parte de la actual Universidad Nacional de Rosario (UNR), donde fue profesor titular de Literatura Argentina, director del Instituto de Literatura Hispanoamericana y decano. No

es por lo tanto irrelevante registrar que las primeras versiones de estos ensayos aparecieron en revistas universitarias, y que cuatro de ellos lo hicieron en el *Boletín de Literaturas Hispánicas* que Prieto fundó y dirigió en ese período. Por el contrario, esa referencia ofrece una de las pruebas más palpables de la fecundidad de sus iniciativas de esos años, entre las que sería imposible ignorar, además de la renovación de perspectivas que introdujo en sus propios cursos y seminarios, la voluntad de diversificarlas invitando a escritores y críticos reconocidos como Augusto Roa Bastos, Juan José Saer, Ángel Rama, David Viñas, Noé Jitrik y otros para participar en actividades del Instituto que dirigía. Desde el primer seminario sobre “Proyección del rosismo en la literatura”, que data de 1958-1959, el objetivo de consolidar el nivel académico de la carrera de Letras se materializó en el constante interés por incorporar a los mejores estudiantes y a nuevos graduados a la docencia y a los proyectos de investigación e iniciarlos en la escritura crítica: así fue como aparecieron bajo su supervisión los primeros trabajos de ex alumnos suyos que llegarían a ser reconocidos como escritores o como críticos, entre ellos Aldo Oliva, Norma Desinano, Noemí Ulla, Josefina Ludmer y Gladys Onega, cuyo estudio inaugural sobre *La inmigración en la literatura argentina* se publicó en la colección Cuadernos del Instituto de Letras en 1965. Y si por estas razones resultaría acertado rastrear en los artículos que integran este libro los enfoques renovadores de temas y autores que Prieto desarrollaba en la enseñanza, también será posible comprobar que en varios aspectos anticipan desarrollos futuros en la crítica de la literatura argentina. Entre esos temas que innovaron en el repertorio habitual está el estudio sobre el rosismo en la literatura, la encuesta sobre la crítica literaria y el que abordó individualmente en *La literatura autobiográfica en la Argentina*: este último, también publicado en la UNL, en 1962, es sin duda uno de los más originales de sus libros, tanto por ocuparse por primera vez de un modo sistemático de un género entonces poco explorado como por los criterios histórico-sociales en que fundó la selección de los autores, todos ellos integrantes de una élite que tuvo un marcado protagonismo

en momentos clave de la historia nacional. La publicación en 1968 de *Literatura y subdesarrollo* en la editorial rosarina Biblioteca podría tomarse como un indicador de la interrupción de ese primer período tan notable de pertenencia a la universidad.

Fin de una etapa, entonces, pero no de los intereses que siempre orientaron y siguieron alimentando esa veta constante en el trabajo crítico de Prieto que ya se había hecho bien visible en su libro inmediatamente anterior, *Sociología del público argentino*, de 1956, en el que se empieza a perfilar la preocupación por la formación del público lector. En este su primer abordaje de esa problemática se percibe con claridad la impronta de las preguntas y exigencias que Jean-Paul Sartre planteaba a los escritores en *¿Qué es la literatura?*, por sobre una combinación todavía inestable de apreciaciones intuicionistas con instrumentos provenientes de los métodos que la sociología recientemente incorporada a las prácticas locales empezaba a ensayar para el análisis de las relaciones entre cultura y sociedad. En el otro extremo de este breve período, *Literatura y subdesarrollo* muestra una adopción más precisa de enfoques sociopolíticos vertebrados por el concepto de subdesarrollo, de fuerte presencia en el pensamiento contemporáneo, para analizar los clásicos problemas del nacionalismo y el cosmopolitismo en la literatura nacional.

2

Ese registro sociológico revela una visible continuidad con las concepciones de la literatura y las temáticas que se incorporaron a la crítica literaria en los años de *Contorno*. De hecho, siempre se ha asociado a Adolfo Prieto con esa publicación, a la cual lo ligó, indiscutiblemente, junto con ciertas afinidades ideológicas, una clara marca generacional. Sin embargo, esa vinculación no deja de presentar algunas aristas enigmáticas: Prieto publicó un solo artículo de crítica literaria en el primer número de *Contorno*; no publicó ninguno más, ni en los números dedicados

a autores sobre los que escribió después, como Roberto Arlt y Ezequiel Martínez Estrada, ni sobre Manuel Gálvez y Leopoldo Marechal, también objeto de la atención de la revista, ni en el número dedicado a la novela; tampoco integró el comité de dirección que se constituyó en ese número. Recién en el número 7/8, de julio de 1956, volvió a publicar, pero lo hizo sobre el tema que convocaba los reacomodamientos de la hora: el peronismo, cuyo derrocamiento en 1955 fue un verdadero parteaguas en el frente de quienes, como los integrantes de *Contorno*, hasta entonces habían formado parte de la oposición. Solo después de esa reaparición se incorporó al comité de dirección del último número de la revista, dedicado al análisis del frondizismo, y al de los dos *Cuadernos de Contorno*, pero tampoco escribió en ellos. Un somero repaso de lo que publicó en esos años muestra que lo hizo más en otras revistas, como *Centro* y *Ciudad*, y fue en *Centro* donde apareció “Borges, el ensayo crítico”, un anticipo de su primer libro, *Borges y la nueva generación*, publicado en 1954.

Pese a esa ausencia llamativa, es este libro tan controvertido el que permite afirmar sin reservas la cercanía inicial de Prieto con los rasgos que siempre se han adjudicado a *Contorno*, pero que en realidad caracterizan a un sector emergente más amplio que va más allá de esa revista: el rechazo explícito de las posiciones culturales entonces dominantes, la adopción de actitudes que se han definido como revisionistas y denunciacionistas, y una modalidad dura de intervención que implicaba el cuestionamiento permanente, sin contemplaciones. La ruptura generacional, una estrategia clásica del ingreso de los nuevos en la vida literaria, estaba ya inscrita en el código genético de *Contorno* desde el artículo inaugural de Juan José Sebreli “Los martinfierristas: su tiempo y el nuestro”, que ha sido considerado como un manifiesto. Sebreli oponía al espíritu lúdico de los martinfierristas el resentimiento de una generación de “jóvenes envejecidos”. La discutible y muy discutida lectura que Prieto hizo de Borges en su libro, aunque con énfasis distintos derivados de la desigual envergadura de uno y otro trabajo, participa plenamente de ese talante, como su mismo título lo sugiere. A la gratuidad y el hedonismo que encontraba en la obra de Borges, les oponía otras exigencias propias

“del clima que separa a una generación de la otra”, un horizonte de experiencias que definió como “tiempo de seriedad”. Esas afinidades que hoy podríamos llamar “estructuras del sentir” quedaron registradas en la presentación del libro de Prieto posiblemente escrita por Regina Gibaja, una de las pocas mujeres que colaboraron en *Contorno*, en la que se destacan los significantes característicos de la impronta sartreana: “compromiso” y “responsabilidad”. Así también en un artículo firmado por David Viñas Vantz, en el que se subraya enfáticamente esta representatividad generacional: “Él adopta la ardua y dramática responsabilidad de actuar como vocero de su generación”. Muy poco antes, en un trabajo más breve y menos polémico sobre *Otras inquisiciones*, Noé Jitrik había escrito en *Centro* algo igualmente representativo desde el punto de vista generacional: “No creo que Borges pueda ir más lejos, ni que consiga decirnos mucho más de lo que ya nos ha dicho. Se trata de una cárcel que nos impide llamarlo ‘maestro’ a quienes quisiéramos uno, porque aceptarlo tal como ha llegado a ser, sería pública manifestación de nuestra esterilidad. Creo, no lo sé muy bien, que otros son los modelos que estamos necesitando, no para que nos den la luz sino para que nos enseñen cómo es que tenemos que limpiar nuestro propio camino”.¹

3

1955 fue, en efecto, un parteaguas para los intelectuales que hasta entonces se habían situado en la franja opositora. Los “denunciacionistas”, formados en la deprimida y represiva universidad del peronismo, supieron hacer oír sus voces disidentes en otras revistas contemporáneas, como *Centro*, *Ciudad* e incluso en *Sur*, donde antes de esa fecha alcanzaron a publicar David Viñas y Sebreli. Participaron además, junto a los maestros excluidos entonces de la universidad, como José Luis Romero y Gino

¹ Para los artículos mencionados, véase Avaro, Nora y Analía Capdevila, *Denunciacionistas. Literatura y polémica en los '50*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2004.

Germani, en publicaciones y otros proyectos que trataron de impulsar niveles más altos de calidad intelectual, como la revista *Imago Mundi* y el Colegio Libre de Estudios Superiores, en los que participaron Ramón Alcalde y Tulio Halperin Donghi. Si bien se distanciaron rápidamente de los sectores más reaccionarios que dominaron la escena política después de la caída del peronismo, casi todos ellos se fueron incorporando a la universidad recuperada, que se convirtió así en uno de los polos más dinámicos y prestigiosos de la vida intelectual. El entusiasmo con la figura de Arturo Frondizi llevó a que Ismael Viñas, Noé Jitrik y Ramón Alcalde, entre otros, aceptaran cargos políticos en su gobierno. No así Prieto, que se volcó exclusivamente a la universidad. Pero la decepción ante lo que, en clara sintonía con el léxico característico de *Contorno*, llamaron “la traición Frondizi”, puso pronto fin a esa experiencia de inserción en los espacios del poder. Con todo, durante los gobiernos radicales de Frondizi y de Arturo Illia, en el ajetreado horizonte político de esos años, se mantuvo el mejoramiento sostenido de la universidad en la que la mayoría de ellos, los más jóvenes y los maestros, permanecieron hasta que se produjo la brutal intervención del poder militar en 1966.

Esta ruptura puso fin a la primera etapa de Adolfo Prieto en la UNL, a la que pertenece la mayor parte de los *Estudios de literatura argentina*. Pero no a sus vinculaciones con los espacios universitarios, aunque estas cambiaron radicalmente de sedes y de condiciones. En 1967, invitado por Ángel Rama, fue profesor en la Universidad de la República de Uruguay y presumiblemente dio forma allí al estudio sobre Martínez Estrada, un autor presente ya en sus primeros cursos de Literatura Argentina y que regresó en intervenciones posteriores. Casi veinte años después, con motivo de la muerte de Rama, Prieto evocó aquella experiencia, durante la cual el diálogo con el uruguayo pareciera haberlo llevado a reconocerse como “miembro de una generación obsesivamente constreñida a reflexionar sobre las circunstancias de la Argentina contemporánea”. Y agregó: “El mundo había ido creciendo a nuestro alrededor, sin que lo advirtiéramos casi, y la porción más próxima de ese mundo, Latinoamericana, había adquirido una complejidad y una contundencia que nos hizo

sentir de pronto, cuando tomamos conciencia del fenómeno, desacele-
rados y marginales”. Habría sido a partir de entonces, imagina, “que el nuevo rostro literario de América Latina me fue revelado”. No es fácil coincidir plenamente con este autoexamen retrospectivo, si se tiene en cuenta que desde la Revolución Cubana América Latina se había convertido en una presencia bien contundente para los intelectuales y en el medio universitario, como queda probado cuando se conocen los autores estudiados y discutidos con vehemencia en seminarios para graduados que Prieto supervisó en la UNL (Mario Vargas Llosa, Juan Rulfo, Vicente Leñero y otros) o cuando se lee su ensayo “Julio Cortázar, hoy”; por otra parte, en 1967 se conoció la exitosa presentación del formidable elenco de escritores latinoamericanos contemporáneos que Luis Harss reunió en *Los nuestros*. Sea cual fuere el camino que llevó a Prieto a adquirir esa conciencia de un horizonte literario más amplio que el hasta entonces restringido a las fronteras nacionales, lo cierto es que según el diálogo que recuerda, ambos críticos confiesan coincidir en un idéntico proyecto utópico: escribir una historia social de la literatura latinoamericana.

Ninguno de los dos escribió esa historia. Rama se habría comprometido con el proyecto de una *Enciclopedia uruguaya*. Prieto, por su parte, en 1968, supervisó la legendaria primera edición de *Capítulo*, la de los 52 fascículos estrictos, para la que escribió unos cuantos trabajos y el breve y utilísimo *Diccionario básico de literatura argentina*. Pero al final de su evocación de aquellos encuentros montevideanos, concluye que en el fondo Rama había llevado adelante de algún modo su proyecto en los diversos trabajos en que abordó temas puntuales de la literatura latinoamericana —a los que cabe agregar aquí la extraordinaria empresa editorial de la Biblioteca Ayacucho. “Estas piezas”, afirma Prieto, “son el perfil y el cuadrante de una historia social de la literatura latinoamericana”.²

Tal vez algo así como un perfil o un cuadrante de una historia social de la literatura, ya no latinoamericana sino argentina, haya estado en

² “Encuentros con Ángel Rama. Montevideo 1967”, *Texto Crítico*, N°31-32, enero-agosto de 1985.

los propósitos de Prieto cuando a fines de la década de 1960 formuló para la editorial Biblioteca el proyecto que tituló “Conocimiento de la Argentina”, que incluía un centenar de títulos representativos con estudios introductorios preparados por él mismo, unos pocos de los cuales empezaron a aparecer recién en 1974, tal vez debido a la creencia generalizada en las posibilidades de una superación de las condiciones represivas de la vida cultural entre 1966 y 1973. Las renovadas expectativas de cambio que se fueron incrementando a partir de 1970 hicieron, por entonces, que muchos docentes autoexcluidos de la universidad desde 1966 reingresaran para sumarse a las transformaciones que se creían inminentes. Prieto aceptó sumarse a esa propuesta y en 1972 volvió a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNR, donde obtuvo por concurso la cátedra de Literatura Latinoamericana. Es de suponer que lo habrá hecho sin demasiada confianza, puesto que ya se vislumbraban signos poco alentadores que después de las dos elecciones de 1973, en las que finalmente triunfó la fórmula Perón-Perón, no tardaron en confirmarse. Por ejemplo, para limitarse tan solo a un episodio pertinente, un sector vinculado a las llamadas cátedras nacionales designó a varios directores venidos de Buenos Aires que se sucedieron en la dirección del Instituto de Letras ignorando la presencia de Prieto, que lo había formado y dirigido en los años sesenta. Uno de ellos, en su discurso de autopresentación, anunció con euforia que por fin en esa Facultad se estudiaría a autores representativos del campo nacional y popular como Marechal. Evidentemente no se había preocupado por informarse sobre los programas desarrollados por Prieto cuando era titular de Literatura Argentina y desconocía además su ensayo “Los dos mundos de *Adán Buenosayres*”, aparecido primero, como se ha visto, en el *Boletín* del Instituto y luego en los *Estudios de literatura argentina*. Este último retorno de ilusiones rápidamente perdidas tuvo un final aún más catastrófico que el de 1966, y exactamente diez años después de aquel golpe, tras un *crescendo* de señales ominosas que durante el gobierno peronista incluyó amenazas de muerte de la Triple A a un nutrido grupo de docentes que se vieron obligados a renunciar a la Facultad en 1975, se inició la dictadura

militar más sangrienta que conocimos en el país. Se produjo entonces el colapso total de los proyectos que Prieto tenía en marcha, tanto editoriales como académicos. La dictadura militar intervino la editorial Biblioteca y los libros fueron incinerados. En 1977, las autoridades de la Facultad le comunicaron que cesaba en su cargo de profesor titular. El aire se había tornado irrespirable y ya no se trataba de renunciar por razones éticas como en 1966, sino lisa y llanamente de sobrevivir. Poco después se vio obligado a abandonar el país y terminó desarrollando el resto de su trabajo intelectual en las universidades estadounidenses. Desde allí produjo los dos grandes libros que coronaron su trayectoria como crítico literario: *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* y *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*.³

El estudio detenido de esas obras y de esa última etapa queda fuera de los alcances de este prólogo. No obstante, cabría formular un par de reflexiones a modo de hipótesis a propósito de ellas: una, que desde las observaciones negativas sobre el cosmopolitismo de la literatura argentina entendido como “satelismo cultural” formuladas en *Literatura y subdesarrollo* al reconocimiento positivo de la presencia de textos extranjeros en la configuración de las imágenes canónicas de la literatura nacional se advierte un giro que llevaría a pensar que aquella apertura al mundo reconocida en Montevideo había terminado por modificar sus evaluaciones anteriores sobre esas relaciones. La segunda, que de la obra de Prieto podría decirse algo similar a lo que él consideraba que había logrado Ángel Rama con sus trabajos sobre temas relevantes de literatura latinoamericana: escribir de algún modo una historia social de la literatura, pero ya no latinoamericana, sino en este caso argentina. Al respecto, es oportuno introducir aquí sus propias palabras sobre la posibilidad de hacerlo: “Algo que ya he descartado a nivel personal, aunque sí creo que es factible aportar capítulos. Mi impresión es que la

³ Ambos en Buenos Aires, Sudamericana, 1988 y 1996, respectivamente. Véase María Teresa Gramuglio, “Viajeros ingleses, criollismo popular, literatura nacional”, *Punto de Vista*, año XIX, N° 56, diciembre de 1996.

única manera posible de trabajar estos temas es por momentos de condensación, ahondándolos con la mayor intensidad, y desde allí poder iluminar el resto, es decir, establecer la articulación con otros momentos de la historia literaria”.

4

Si esta última hipótesis fuera acertada, sería fácil concluir que la trayectoria de Prieto traza una línea continua sin demasiados accidentes. Pero las cosas no son tan simples. Porque a las crisis que podríamos llamar “externas”, aunque solo en el sentido de que fueron provocadas por los cortes obligados que las circunstancias políticas impusieron a los proyectos, pero no por sus durísimos efectos en la vida intelectual y afectiva, vino a sumarse otro tipo de crisis que cabría llamar epistemológica. En rigor, ambas serían indisociables. A primera vista, esto puede parecer una conjetura extraña, ya que en los trabajos de Prieto siempre se ha reconocido una impronta que los caracteriza por sobre las variantes: la persistencia en el tratamiento sociológico de los temas. Es por lo tanto oportuno introducir aquí algunas precisiones sobre la forma en que lo ha practicado. A lo largo de su obra, Prieto ha trabajado con diversos registros de lo que en un sentido amplio es correcto llamar “sociología de la literatura”, prestando atención a la formación del público, a los distintos circuitos de producción y de lectura, a las condiciones históricas, sociales y culturales en que arraigan elecciones formales y aun aspectos psicológicos de los autores. No sería correcto sin embargo suponer que su método responde estrictamente a los preceptos de la crítica marxista, con sus postulaciones clásicas de la correspondencia entre arte y clase social, y tampoco a las reformulaciones más sofisticadas de Lucien Goldmann con el recurso a las homologías estructurales. Su arsenal teórico es diferente, heterodoxo y sobre todo parco. Basta prestar atención a las notas al pie de sus primeros libros para comprobar que en ellos, después de la inicial presencia de las posiciones sartreanas, que en *Borges y la nueva generación* giraban en

torno a las nociones de compromiso y responsabilidad y en *Sociología del público argentino* a la pregunta sobre para quién se escribe, las apoyaturas teóricas son mínimas. En *La literatura autobiográfica argentina*, solo unas escuetas referencias a Manes Sperber, a Georg Misch y unos pocos más pueden considerarse específicas en relación con el tema, una austeridad que asombra si se piensa en la profusión que la escritura autobiográfica desató más tarde. En el resto, ocupan lugares estratégicos algunos nombres provenientes de la sociología del conocimiento y de la psicología social clásica europea y estadounidense, como Karl Mannheim y Erich Fromm, algunos recursos instrumentales de la sociología pragmática de Gino Germani pero también de representantes menos previsibles, como Gabriel Tarde, de la antropología social y la sociología de la cultura y de las élites del poder de Ralph Linton y Charles Wright Mills, ambos de innegable influencia a mediados del siglo xx. La categoría de subdesarrollo, previsiblemente, se apoya en el pensamiento de los latinoamericanos Celso Furtado y Fernando Henrique Cardoso. El elenco de nombres aquí citados no debe llamar a engaño: con breves menciones, brindan apenas algunos pocos puntos de partida conceptuales que resultan funcionales para los temas abordados en los libros. En otras palabras, Prieto no se ciñe a una grilla teórica predeterminedada, sea sociológica o histórico-cultural. Construye un objeto y el objeto lo lleva a su vez a construir el método y las categorías con las cuales abordarlo, y no a la inversa. Aun con esta austeridad de usos teóricos, es posible detectar en sus enfoques aproximaciones tempranas a propuestas que no estaban aún del todo presentes en el panorama de la crítica: el ingreso de nuevos objetos en la serie literaria al compás de transformaciones en las series socioculturales, que aprendimos a reconocer con los formalistas rusos; la atención a los horizontes de lectura que llegó con la difusión de la teoría de la recepción de Hans-Robert Jauss; el replanteo de las relaciones entre literatura y sociedad en un registro no mecanicista propio de los estudios culturales en la línea de un Raymond Williams.

La persistencia señalada es, pues, innegable. Sin embargo, en el ritmo de publicación de sus libros se advierte un hiato llamativo: un largo

silencio en el tramo que va desde los *Estudios de literatura argentina* hasta la publicación de *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, casi veinte años después. Silencio relativo, si se quiere, porque en esos 19 años, después de una breve permanencia en la Universidad de Besançon entre 1970 y 1971, Prieto trabajó, como se ha visto, en el proyecto frustrado de la Editorial Biblioteca y luego, ya forzado a radicarse en los Estados Unidos, publicó algunos trabajos vinculados a los temas y autores en los que siempre se interesó: Roberto Arlt, la poesía gauchesca, los folletines criollistas, etc. Aún así, también es innegable que lo sugerido más arriba no sería una mera conjetura ya que él mismo ha reflexionado sobre ello con sobria lucidez. En un comentario incidental incluido en un artículo sobre los años sesenta, sintetizó el punto de convergencia con las circunstancias políticas en que esa crisis de paradigmas críticos habría comenzado a perfilarse; a mediados de esa década, en el preciso momento del impacto arrollador del estructuralismo con su instauración del reinado del texto y el adelgazamiento y hasta la negación lisa y llana de la espesa trama de experiencias sociales y subjetivas en que este se inserta activamente, el contexto de la realidad argentina hizo imposible el diálogo necesario sobre la reivindicación de la historia en términos comparables a los del debate entre los intelectuales europeos: “Demasiado ruido, acaso, para un diálogo. De armas, desde luego; de puertas de universidades que se cerraron con estrépito; de rumores que estallaron finalmente en violentas manifestaciones callejeras”.⁴ Ya un año antes, Prieto se había referido con cierto detalle a este proceso, reconociendo los efectos negativos que la irrupción del estructuralismo produjo en la marcha de su propio trabajo crítico.⁵ La vertiginosa sucesión de teorías críticas que a partir de aquella irrupción se fueron incorporando velozmente contribuyó sin duda a

⁴ “Los años sesenta. Balance crítico”, *Revista Iberoamericana*, N° 125, Pittsburgh, octubre-diciembre de 1983.

⁵ “Literatura/crítica/enseñanza de la literatura. Reportaje a Adolfo Prieto”, *Punto de Vista*, año v, N° 16, 1982.

reforzar esos efectos. Si se sigue el hilo de estas reflexiones, se encontrará que en “Estructuralismo y después”, un artículo que se podría leer como un verdadero ajuste de cuentas, examina el recorrido de la crítica estructuralista y postestructuralista en la Argentina a través del análisis de un conjunto de trabajos relevantes de Nicolás Rosa, Noé Jitrik, Josefina Ludmer y otros, en los que se hacían patentes los esfuerzos por responder a aquella velocidad de los cambios. Sobre uno de ellos advirtió, no sin ironía, que “ofrece la absoluta novedad de proponerse como estricto ejercicio de aplicación estructuralista, y como crítica de sus supuestos metodológicos”. La aguda lectura de Prieto descubre que la adopción de los postulados teóricos de la nueva crítica que despliegan las respectivas aproximaciones no logra evitar que en esos trabajos, como obedeciendo a los reclamos de nuestro destino sudamericano, la historia finalmente vuelva por sus fueros, ni que el vínculo de la literatura con la realidad sea desterrado. Es que el lenguaje, en definitiva, es transitivo. El texto no es autosuficiente. La literatura no es un objeto autónomo inscripto en el cielo intemporal de las estructuras.⁶ Con todo, no sería justo ver en ese derrotero solo negatividad, ya que, como Prieto reconoció en otras ocasiones, la nueva crítica generó transformaciones que lo llevaron a considerar con mayor atención la materialidad del lenguaje literario en su especificidad y a reforzar la precisión metodológica del trabajo crítico.

5

No existe hasta ahora un estudio confiable de la obra de Prieto que incluya, además de la totalidad de los libros mencionados, el *corpus* de sus numerosos artículos, y que sepa dar cuenta con verdadero rigor crítico de su modo de leer los textos y de las modulaciones de su permanente atención a los contextos. A pesar de esa carencia, es posible

⁶ “Estructuralismo y después”, *Punto de Vista*, año xx, N° 34, 1989.

iniciar una lectura parcial señalando algunas características de esta compilación. Como se ha visto, los *Estudios de literatura argentina* fueron escritos al filo de la puesta en crisis de las expectativas de transformación social y de los criterios que orientaban la crítica literaria hasta la década de 1960. Todos los artículos refieren a autores del siglo xx. En la mayoría de ellos, salvo el notable análisis de *El hombre que está solo y espera* de Raúl Scalabrini Ortiz, y por supuesto, “Julio Cortázar, hoy”, se trata de autores que pasaron por la criba de *Contorno*. A diferencia de *Borges y la nueva generación*, estos artículos no prescriben obligaciones de la crítica. Si se los piensa en relación con ese libro de comienzos, se advierte que se han superado las exigencias de practicar una crítica totalizante y la persistencia en la actitud denunciante. A diferencia de los libros restantes, no se interrogan problemas de amplias dimensiones socioculturales. Esto significa que, sin apartarse nunca de la tesis fundamental sobre la pertenencia de los textos a la trama sociocultural en que funcionan, se concentran en aspectos más puntuales y los abordan desde ángulos originales en relación con las lecturas entonces más frecuentes.

Por tratarse de un estudio de conjunto, “Boedo y Florida” constituye en cierto modo una excepción. Es, sin embargo, uno de los más adecuados para captar la eficacia con que Prieto procede al análisis sociológico de los fenómenos literarios. Una rápida caracterización del momento histórico en que ambos grupos irrumpen en la escena nacional define inicialmente, a nivel mundial, una periodización según la cual el fin de la guerra del 14 y la Revolución Rusa serían los indicadores del final del siglo xix, y por ende, el verdadero inicio del siglo xx. Con ese sentido de inminencia, señala, se vincularía lo que Ortega y Gasset llamó “el sentido festival de la vida”, la conocida expresión que retomó Juan José Sebreli en su multicitado artículo “‘Los martinfierristas’: su tiempo y el nuestro”. Trasladado al ámbito nacional, el momento despliega sus potencialidades culturales específicas a partir de las transformaciones políticas y sociales que despuntaron con el triunfo de Yrigoyen y la Reforma Universitaria. En este punto, Prieto concluye:

“Valórese como se quiera cada uno de estos elementos: en su conjunto favorecieron la eclosión de un clima especialmente propicio, sin antes y sin después en la historia cultural del país”. En lo que sigue, asoma un esbozo, no exento de contradicciones, de lo que será el análisis de los grupos culturales y sus formaciones y prácticas características, desde las revistas hasta las formas de sociabilidad. Si por un lado se afirma que en los que empiezan a escribir en esos años existe una conciencia común de grupo, rasgos compartidos, como el uso similar de procedimientos humorísticos, e incluso una disponibilidad para transitar entre ambas tendencias que traspasa las diferencias estéticas e ideológicas, por el otro se admiten esas diferencias desde una perspectiva que toma en cuenta lo que, para decirlo con una terminología que se acuñó más tarde, correspondería a nociones como las de *capital cultural* y *habitus de clase*. Se postula así, ya desde la connotación que revelan las denominaciones topográficas, “la polaridad de un proceso literario”: el ideal estético de Florida, con sus aspiraciones nunca realizadas de alcanzar la literatura pura, su proclamado vanguardismo y su rasgo más sobresaliente, el criollismo urbano, un ideologema que circula por varios trabajos de Prieto hasta culminar en *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* y que alcanzará fuera de ellos una proyección relevante. “Buenos Aires, –se lee aquí– mejor dicho el arrabal de Buenos Aires, se convirtió pronto en materia poética por excelencia, hasta el punto de segregar una retórica nueva, clásica ya por el prestigio y la circulación de numerosos hallazgos. *Almacenes rosados, taperas azules, calles enternecidas de árboles...*” Frente a aquel ideal estético, Boedo buscó en cambio hacer de la literatura un instrumento para transformar las conciencias y “promover la imagen de un mundo mejor”, esforzándose por clarificar los preceptos de la literatura social. Por esa razón, concluye Prieto, mientras Florida habría tenido una duración acotada y un final signado por el cierre de la revista *Martín Fierro* poco antes de la clausura de aquel mundo feliz de los años veinte con el golpe militar de 1930, Boedo, libre de estas contingencias a pesar de las limitaciones del envejecido realismo crítico que cultivó tenazmente, “puede ser una

escuela, o un capítulo extenso de nuestra literatura contemporánea”. En esta evaluación de la literatura de Boedo, Prieto, que había publicado anteriormente un extenso estudio sobre el tema, viene a coincidir con las posiciones que Juan Carlos Portantiero acababa de exponer en *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, del que transcribe una larga cita en la que se destacan estas líneas: “Culturalmente, Boedo tiene una importancia tan grande que toda la literatura de izquierda en la Argentina (es decir, todo el *cuerpo vivo* de la narrativa argentina) está marcado con su sello”.⁷ El eje de esta coincidencia pasa por la cuestión del realismo, un tema fuertemente instalado en los debates estéticos e ideológicos desde los años veinte y no solo entre los sectores de la izquierda. En la extensa revisión de la novela realizada por *Contorno*, el realismo, definido por la capacidad de dar testimonio de las condiciones históricas concretas en que transcurre la vida social, funciona como factor decisivo de valoración. No resulta sorprendente, por lo tanto, que desde ese parámetro la revista trace un itinerario que se inicia con Echeverría y que alcanza a Ricardo Güiraldes, Benito Lynch, Roberto J. Payró, Manuel Mujica Láinez, Enrique Larreta y otros, desde el cual se lee tanto a Manuel Gálvez como a Roberto Arlt, en una perspectiva progresiva que podríamos llamar historicista. El artículo “Manuel Gálvez: el realismo impenitente”, firmado con el seudónimo Marta Molinari, es una de las más claras demostraciones de esta perspectiva, según la cual en las primeras novelas de Gálvez se encontrarían un uso del lenguaje y una capacidad de representar la vida que, sin ser todavía un auténtico realismo, brindarían para ello una base o punto de partida utilizable para realizaciones futuras, “la posibilidad mínima para un arte que no sea falso y postizo”.⁸ Sobre este horizonte de

⁷ Véanse Adolfo Prieto, “La literatura de izquierda: el grupo Boedo”, *Fichero*, N° 2, 1959; Juan Carlos Portantiero, *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, Buenos Aires, Procyon, 1961.

⁸ Véase *Contorno. Edición facsimilar*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2007, números 5-6, pp. 75-76.

reflexiones en torno a la cuestión del realismo se inscribe la lectura que propone Prieto en “Gálvez. Una peripecia del realismo”, y es en este sentido que resulta interesante registrar las diferentes valoraciones. Su crítica parte de esta hipótesis contundente: “La lectura de esta novela sugiere una paradoja: Gálvez adoptó la técnica del realismo naturalista para describir el ambiente germinal del espiritualismo en la Argentina. Y confirma otra: el malentendido de esta adopción le permitió al novelista elaborar el único material perdurable de su proyecto. El documento, el inventario de una época”. La argumentación presenta un análisis concreto de procedimientos de *El mal metafísico* articulado con una apretada síntesis del proyecto literario de Gálvez, relacionado a su vez con el contexto cultural y el público lector. El corolario concluye que el desajuste o incongruencia entre técnica narrativa y contenidos representados invalida tanto las dimensiones críticas del realismo como la expectativa de que en la narrativa de Gálvez se alojara alguna posibilidad de desarrollos futuros. Ya no “realismo impenitente”, parece decir Prieto, sino “realismo inconsecuente”, o también, “sin posibilidad de vigencia más allá de su recortado ámbito cronológico”. Más que una polémica oculta, la diferencia de valoraciones muestra uno de esos conflictos de interpretación que requieren construir redes textuales de lectura para captar algo así como un estado de la cuestión o un mapa de las posiciones de la crítica literaria en un determinado momento en que adquieren relieve ciertos nudos significativos, como lo es en este caso el realismo.

También alrededor de ese nudo, “La fantasía y lo fantástico en Roberto Arlt” incorpora al repertorio de interrogantes sobre la extrañeza y aun las falencias del realismo en la narrativa de Arlt una nota dominante en las mejores lecturas críticas de esos años, la exploración de esa otra faz de sus mundos imaginarios que ha sido luego objeto de una atención sostenida. En efecto, si se recorren los decisivos artículos del número de *Contorno* dedicado a Roberto Arlt, se comprueba que aun cuando en más de uno de ellos se reconozca la presencia de elementos oníricos o difícilmente encasillables en una concepción lineal

del realismo, no se repara en que allí, en esa coexistencia de la voluntad de realismo con la compulsión a introducir elementos de fantasía en la representación de las experiencias de lo real, residiría una de las claves de esa extrañeza.⁹ Tanto las afirmaciones del autor sobre su escritura como esas lecturas, sostiene Prieto, “han terminado por englobar la obra más importante de Arlt en una definición que omite el reconocimiento de un fuerte elemento de fantasía, elemento que distorsiona a veces, por la propia gravitación de su lógica interna, la organización y el sentido general de la novela”.

En sintonía con ese registro, “Martínez Estrada. El narrador y el lenguaje del mito”, el último de los artículos según el orden cronológico de escritura, dialoga a la vez con el juicio de los denuncialistas en el número especial de *Contorno* dedicado a Martínez Estrada y con las reformulaciones teóricas acerca del realismo generadas en el seno de la crítica marxista de los años sesenta. El centro de atención se desplaza del más habitual de los ensayos al conjunto de relatos escritos en el mismo período que va de *Radiografía de la pampa* a *¿Qué es esto?* Y es en esos relatos donde Prieto se propone “rastrear la visión del mundo que alienta en los ensayos y hasta descubrir su probable raíz y su textura emocional e inconsciente”. Para ello, releva con cierto detalle la impronta de los recursos de Kafka en temas y procedimientos de los relatos, y es en esa presencia, que como se sabe ha sido objeto de profundas reflexiones de Martínez Estrada, y no en las conocidas fuentes de las diversas vertientes sociológicas en que abrevan sus ensayos, donde encuentra la clave maestra de aquella cosmovisión. En la impronta kafkiana, y en lo que de ella se desvía con respecto al modelo, se asentaría la doble vertiente del ensayista moralizador, atento a los signos objetivos de una realidad que considera degradada, y la del narrador, para quien esa realidad es una materia muda e inexplicable. Sintetizando de un modo muy drástico, lo más destacable de esta interpretación consiste, en primer lugar, en que invierte radicalmente la perspectiva

⁹ Véase *ibid.*, N° 2, mayo de 1954, pp. 9-22.

crítica hasta entonces habitual: lejos de reducir los relatos a meras ficcionalizaciones de las ideas expresadas en los ensayos, los temas de la ensayística de Martínez Estrada funcionarían como extensiones reflexivas de los relatos. En segundo lugar, esta lectura abre una vía diferente para explicar la incongruencia, tan asediada por la crítica, de combinar en los ensayos las metaforizaciones del intuicionismo con los datos instrumentales provenientes de la sociología y de la historia, una incongruencia que, según Prieto, “hiere de muerte al conjunto de los ensayos y los relega al papel de piezas literarias híbridas”. De esa hibridez, sin embargo, parecería surgir finalmente algo nuevo: un realismo ampliado, cuyas fronteras permiten el ingreso de los lenguajes de la alegoría y del mito justamente para dar cuenta de “la imposibilidad radical del conocimiento de la realidad”.

Alejado de la cuestión del realismo, pero igualmente en diálogo con una red de lecturas que incluye, además de las de David Viñas y Noé Jitrik en *Contorno*, las de Julio Cortázar en *Realidad* y la de Eduardo González Lanuza en *Sur*, “Los dos mundos de *Adán Buenosayres*” rastrea otro tipo de incongruencia que conduciría al fracaso de la novela de Marechal como novela: el de la no resuelta integración entre la simbología teológica, presente en las dimensiones alegóricas de la caminata barrial de la primera parte y en el Cuaderno de Tapas Azules, y el testimonio humorístico sobre el martinfierrismo y el campo literario que se despliega en la velada de Saavedra, la excursión al suburbio y el infierno de Cacodelphia. Y es en este artículo, además, donde Prieto recorta los dos tópicos del martinfierrismo cuyo cruce abrirá el cauce de futuras lecturas críticas: criollismo urbano y vanguardismo literario.

Como seguramente ya se habrá advertido, en estos artículos se reitera un común denominador: el hallazgo del punto de fractura, contradicción o incongruencia que desarticula el andamiaje constructivo y pone en cuestión el valor estético o la autenticidad de las realizaciones literarias. En “Julio Cortázar, hoy”, publicado inicialmente en 1966 y luego con un agregado de 1969, ese denominador común se

reinscribe en clave política, muy en consonancia con la tesis de los debates sesentistas. De ahí que las referencias a la carta de Cortázar de 1963 y a la más conocida de 1967 dirigida a Roberto Fernández Retamar resulten pertinentes en un análisis que las pone en contrapunto con la elección de residir en París o con textos como *62/Modelo para armar* y *La vuelta al día en ochenta mundos*. Si de dialogar con otras lecturas se trata, el interlocutor cabal en este caso podría haber sido Ángel Rama.¹⁰ No solamente por la desconfianza de Prieto hacia las arrolladoras irrupciones de las nuevas teorías críticas y del fenómeno del *boom*, que asocia con el fervor consumista de esos años, sino, para el caso de Cortázar, por la escisión entre mundos que nunca logran integrarse que señala en sus ficciones. Una escisión que encuentra presente ya en su primera novela, *Los premios*, y que se hará cada vez más patente a medida que se intensifiquen las expectativas de cambios inminentes que despertó la Revolución Cubana: en ella se condensan los dilemas estéticos e ideológicos no resueltos entre el proclamado compromiso revolucionario y, para decirlo en los términos de Prieto, el “olimpismo” lúdico que recorre la totalidad de sus textos.

No es oportuno extenderse más en el comentario de tantos otros aspectos como sería posible introducir a partir de estos artículos. Parece más sensato, en cambio, y sobre todo deseable, esperar que estas hipótesis de lectura sugieran algunos puntos de partida para un trabajo sistemático que alcance a situar, con más acierto de lo que se ha hecho hasta ahora, el lugar de la obra de Prieto en la crítica de la literatura argentina.¹¹

Buenos Aires, abril de 2013.

¹⁰ Véase Ángel Rama (comp.), *Más allá del boom: literatura y mercado*, Buenos Aires, Folios, 1984.

¹¹ Este prólogo se ha beneficiado con los materiales reunidos por Nora Avaro para un estudio sobre Adolfo Prieto, de próxima aparición.

Gálvez. *Una peripecia del realismo*

Los primeros lectores de *El mal metafísico* confirmaron a la obra como un éxito fácil, una novela capaz de conmovir hasta las lágrimas, de concitar sentimientos de simpatía por las desventuras del protagonista, sus fracasos personales, su decadencia física y su muerte. Tales elementos patéticos parecen afectar menos la sensibilidad del lector contemporáneo, y hasta podría asegurarse, en el caso particular de esta novela, que no la afectan en absoluto. Desde una temperatura emocional diferente, es cómodo incurrir en la tentación de sospechar que los primeros lectores de esta novela fueron víctimas de un equívoco y que se dejaron atrapar por ciertos recursos manejados discrecionalmente por el autor. Los lectores contemporáneos, desinteresados o indiferentes ante la “vida romántica” de Carlos Riga, sus lágrimas, su sufrimiento moral, sus frustrados ideales, tienden, en cambio, a excluir todo juicio sobre el carácter y la naturaleza de la novela como tal, y a considerarla, específicamente, como documento de época. Incluidos dentro de esta tendencia intentaremos, sin embargo, razonar los motivos que pueden haber limado el nervio novelesco de este relato de Gálvez, más allá del reconocido naufragio de su demagogia sentimental.

La lectura de esta novela sugiere una paradoja: Gálvez adoptó la técnica del realismo naturalista para describir el ambiente germinal del espiritualismo en la Argentina. Y confirma otra: el malentendido de esta adopción le permitió al novelista elaborar el único material perdurable de su proyecto. El documento, el inventario de una época.